

Motivos cunas

¡Una mesa aquí para cuatro personas! gritó en inglés el Comandante Walker, del Cuerpo de Bomberos de Colón, entrando con sus compañeros al cabaré Bilgray, de Colón.

Al día siguiente en la madrugada zarpaba el guarda-costas *Panquiaco* en viaje que hace todos los años a San Blas durante los días de Carnaval, desde los luctuosos sucesos de 1925.

Acompañábamos al Comandante del Cuerpo de Bomberos: el Capitán Luis Hernández, antiguo Intendente de San Blas y posteriormente Alcalde de Colón, el Sr. Emilio Abello, actual Intendente de San Blas, y yo.

Todas las mesas estaban ocupadas en el cabaré y el *desideratum* del Comandante Walker parecía muy difícil de realizar. Uno de los mayordomos habló entonces al oído de algunos de los comensales, y en un abrir y cerrar de ojos hubo mesa libre. La ocupamos enseguida Walker y los de su séquito. Nos entregamos esa noche a las delicias de la mesa y del baile hasta horas tan avanzadas que el Intendente y yo estuvimos a punto de perder el vapor, seducidos por el “encanto de un vals”.

Conversando con mis amigos colonenses vine a rectificar esa noche mi opinión algo pesimista del mes anterior acerca de los pueblos sin historia. Colón, es verdad, data de 1850 no más. Surgió del relleno de la isla de Manzanillo, llevado a cabo por la Compañía del Ferrocarril de Panamá, mediante contrato de usufructo por 99 años celebrado con el Gobierno de la Nueva Granada. ¿Volverá esa mejora a Panamá en 1949, como sucesor de Nueva Granada? No lo creo. En todo caso, si los actuales moradores de Colón, principalmente los que

tienen influencia política, social y económica en la Provincia, y de ribete, mando y jurisdicción, no son nativos de la Provincia, casi todos han nacido en la República y llevaron a Colón, con sus intereses y su esfuerzo personal, el sentimiento patriótico y un espíritu regionalista que no por ejercitarse en otro teatro de actividades, no por acomodarse a una situación nueva, deja de ser intenso, ardiente y legítimo. La Provincia de Coclé, principalmente, ha proveído del mayor número de pobladores influyentes a la antigua Isla de Manzanillo, y Colón —la cabecera— ha llegado a considerarse como una sucursal de Penonomé. El patriotismo de los coclesanos y de los demás panameños que con su acción personal vinculan cada día más la Provincia, y sobre todo su cabecera, a la República de Panamá, es garantía segura de la fidelidad de ese territorio.

Esta afirmación de la fe patriótica colonense quedó corroborada simbólicamente cuando la señorita Benítez, una chiricana *pur sang*, bailó esa noche el *tamborito* una de las danzas autóctonas del país, en el cabaré norteamericano de Bilgray.

En este viaje no pasarían las cosas como en el anterior. No tendría que contentarme con decir adiós a Portobelo desde la borda del barco. Visitaría la población, hablaría con sus habitantes y evocaría *sur place* las epopeyas de la lucha secular entre España, por una parte, e Inglaterra, Francia y Holanda por otra parte, las grandes naciones comerciales de entonces. Portobelo y Colón plantean una antítesis histórica. Son el pasado y el porvenir; la tradición y el progreso. Mientras en Colón bulle la vida y una fiebre de actividad fulgurante transforma y acrecienta sin cesar el área poblada y urbanizada, Portobelo declina sin vislumbre de redención, entre sus fortalezas derruidas, sus castillos sepultados entre la hiedra, sus cañones desmontados y tomados de orín. La población, anémica y abúlica, es incapaz de ahuyentar las bandadas de murciélagos que cuelgan del techo de la iglesia de San Juan de Dios y convierten en muladar el pavimento cubierto de losas e inscripciones de alto interés histórico.

Por sus calles irregulares, sembradas de puentes que vadean arroyos capaces de convertirse en ríos caudalosos durante la estación de

lluvias, las banquetas de piedra, ladrillo y mezcla española sobreviven a los estragos del tiempo y haciéndose frente de uno y otro lado de la calle, invitan a los caminantes al descanso.

El plano de la ciudad no ofrece diferencias sensibles con el que levantó Drake después de haber tomado la plaza fuerte y que publica Anderson en su libro sobre la Castilla del Oro (Appleton, 1911); sólo que muchos edificios indicados allí como de propiedad de la Corona de España han pasado de hecho a ser propiedad de particulares. El Gobierno Nacional, el del Estado Soberano, en la época de la Federación, el Gobierno departamental y el municipal que con tanta facilidad se desprendían del patrimonio público, no pensaron nunca que llegaría un día en que esos paredones agrietados, nidos de lechuzas, murciélagos y otras alimañas adquirirían valor comercial considerable en proporción con el desarrollo del sentimiento estético, del interés histórico y del movimiento turístico en la República. Ese error se cometió en la ciudad de Panamá cuando se enajenó el Arco Chato de Sto. Domingo y la Iglesia de los jesuitas; en Panamá-Viejo, admitiendo en su recinto cercados de alambres y siembras de particulares que alterna con las ruinas históricas; en Portobelo... ¿y dónde no? Pero ya es tiempo de que los errores pasados vayan subsanándose. El poder público debe reivindicar, cuando sea el caso, o reexpropiar por causa de utilidad pública esos monumentos famosos que nunca debieron salir del dominio del Estado. Para ellos debería existir una sección especial en la Secretaría de Obras Públicas encargada de la conservación y reparación de todos los monumentos históricos, así como de la reconstitución de los que han desaparecido casi por completo bajo la acción destructora del tiempo y de los elementos. Si esa sección, una vez creada, se pusiera en contacto con el Archivo de Indias de Sevilla o con los archivos oficiales de España donde reposan los planos de la primera metrópoli del Pacífico, de las antiguas fortalezas de Portobelo y los de Panamá-Nuevo, sería fácil, reconstituir en estampa las viejas ciudades y presentar una imagen vívida del esplendor colonial del Istmo. Yo habría realizado este trabajo por mí mismo si hubiera contado con medios para ello; pero a la postre tengo que limitarme a

someter estas sugerencias a la consideración del señor Presidente de Panamá, un antiguo profesional de la ingeniería y la arquitectura civiles que comprende mejor que nadie la importancia de esas medidas.

Y el *Panquiaco*, después de hacer escala en Nombre de Dios, enderezó su proa hacia El Porvenir.

Yo traía ahora un dictáfono que la Compañía Panameña de Fuerza y Luz había puesto graciosamente a mi disposición. Ajustándolo a la corriente directa y elevando ésta a la potencia de 110 voltios, el motor del dictáfono funcionaba perfectamente. Recurrí a este expediente mientras llegaba el fonógrafo Edison que había pedido a Estados Unidos, provisto de aparato especial para impresionar cilindros de cera. Este procedimiento mecánico resultaba indispensable para fijar la versión musical y literaria de los cantares indígenas, improvisados en gran parte por el *kantule* y como tales sujetos a grandes cambios en su melodía y en su letra cada vez que los cantores las repetían a ruego mío. Es un hecho que la impresión en cilindros de cera es muy deficiente. Se altera pronto por la excesiva ductilidad de la materia, y con ella se altera la línea melódica y la articulación de las palabras. Pero la impresión en discos de materia dura e inalterable, como la practican las grandes casas de gramófonos, victrolas y ortofónicas, es un procedimiento fuera de alcance de los particulares, debido a su excesivo costo. Los *kantules* que en mi primer viaje se habían limitado a dictarme las melodías de sus caramillos y flautas de Pan, esta vez podían hablar y cantar directamente en la bocina del dictáfono. El aparato registraba las vibraciones de la voz por medio de una aguja de zafiro, y el productor podía escucharse a sí mismo un minuto después de haber impresionado el cilindro. ¡Qué no dijeron, qué no rieron esos sencillos cunas cuando verificaron por sí mismos ese portento de la mecánica moderna, a la luz del día y a la vista del público que presenciaba el experimento en el comedor del *Panquiaco*!

Las mismas mujeres indias, que raras veces salen de su pasividad milenaria, quisieron echar su cuarto a espadas y escucharse a sí mismas después de hablar en la bocina del dictáfono.

Oír uno su propia voz es una forma de coquetería como la de mirarse al espejo, sólo que no se ejerce por la vista sino por el oído, y tiene para las mujeres un halago especial.

Los hombres, sin embargo, pronto dominaron su instinto de curiosidad y presumiendo el interés que yo tendría en perpetuar sus cantares cuando regresaba a San Blas con el instrumental adecuado, resolvieron organizar un *cartel* —como se dice hoy— y alzar el precio de la mercancía. Después de haber consentido en impresionar unos pocos cilindros, se concertaron entre sí para no hacerlo en adelante sino a la rata de diez pesos por cilindro. La maniobra era hábil, pero todos no somos presa fácil de esta clase de extorsiones, y me declaré satisfecho con el cilindro de Oloinguipe en que grabó el canto de la culebra (*naibe namaquedi*) y con el de Kantulbipi en que grabó éste el canto de la jagua (*Sabdur namaquedi*). La ley de la oferta y la demanda, la formación del *trust* o *cartel*, y todos los demás fenómenos que la economía política se complace en estudiar en los países civilizados, se cumplían también en las islas de San Blas. Pero asimismo se cumplían los fenómenos de la retorsión, de las represalias y del boicoteo, que en ejercicio de legítima defensa hubo de imponérseles hasta que capitularon en toda la línea aceptando las mismas condiciones y honorarios del primer viaje.

¡Di se pate! ¡Di se pate! clamó con voz estentórea el viejo *kantule*, y toda la indiada en coro secundó su pregón repitiendo con entusiasmo: *¡di se pate! ¡di se pate!*

Las gentes salían precipitadamente de un bohío grande, como si quisieran escapar a la persecución de algún enemigo invisible, se arrojaban al mar y se zambullían como delfines, permaneciendo largo rato debajo del agua. Luego reaparecían en la superficie derramando agua como si fueran fuentes de bronce y ejecutando suertes de arriesgada natación. En esas duraban un buen cuarto de hora y luego regresaban al bohío.

¡Di se pate! significa *¡arrojémonos al mar!* y es la voz de mando con que el *kantule* pone fin a las etapas de sus grandes fiestas o ceremonias tradicionales. El baño marino interviene aquí como un entreacto obligado (*¿intermezzo líquido?*).

Terminaba la primera parte —el primer acto, por decirlo así— de la fiesta social con que los indios celebran la entrada de la mujer a la pubertad. La hembra en cuyo honor se cantaba y bailaba era hija de un jefe pudiente de la isla. Estas fiestas se prolongan o se reducen conforme a las posibilidades económicas de los padres. La *inna mutikit* dura una noche; la *inna tun si kalet* dura dos días y la *inna suit* dura cuatro días. El origen de esta festividad se hace remontar a Ibeorgún, especie de Mesías de los cunas que vivió hace ochocientos años, según cómputo que ellos hacen, y a quien atribuyen la creación de este ritual. *Inna* significa chicha, bebida fermentada que hacen del maíz, de la yuca o del plátano y que es la base de la ceremonia.

Con la decadencia de la civilización indígena, el sentido simbólico de esta ceremonia se ha perdido casi por completo, y quién sabe cuántas de sus ritualidades se habrán eliminado hasta dejarla reducida a su condición actual de borrachera de chicha³⁴ en honor de la niña que se transforma en mujer. Que la fiesta dure un día, dos o cuatro, siempre es la chicha (*inna*) su base indispensable.

Varios días antes los *sabdurguanet*, nombre que se da a los hombres de la isla encargados de ir al continente a cortar y traer los bejuocos de jagua, se reúnen, hacen el viaje en canoa y regresan a la isla con su cosecha. Construyen entonces la *surba*, casa especial en que tiene lugar la primera ceremonia, por el mismo método de trabajo colectivo de la tribu que las poblaciones del Istmo aplican en la “junta” y que vimos descritos en la égloga campestre con que terminó el capítulo anterior. De la jagua (en cuna *sabdur*) se extrae el tinte negro con que las mujeres encargadas de la ceremonia bañan el cuerpo de la joven púber hasta dejarlo completamente oscuro. La jagua, que responde en botánica al nombre de *Genipa Americana*, posee en concepto de los indios virtudes higiénicas maravillosas; consideran, particularmente, que inmuniza a la mujer contra los accidentes que pudieran sobrevenirle por humedecerse o mojarse en ciertos períodos críticos de su vida.

34 El término chicha, hoy castellano, es una antigua voz india oriunda de Tierra Firme, es decir del Istmo de Panamá.

Por *surba* se entiende una doble construcción; una casita pequeña y cuadrada, apenas capaz para los efectos del baño de jagua arriba descrito, se levanta dentro de otra casa grande y cuadrada destinada a servir de teatro a la fiesta.

Kantulbipi, el *kantule* de Narganá, que por dos pesos se avino a cantar en la bocina del dictáfono impresionó un fonograma con el siguiente fragmento de la canción de la jagua. La relación de estas palabras con la ceremonia propiamente dicha, no aparece en ninguna parte; pero la sencillez del sentimiento poético es innegable, y no hay quien no sienta el encanto de su dulce ingenuidad. La sílaba *ye*, sola o repetida, actúa allí como una especie de interjección sin sentido gramatical que los *kantules* emplean con frecuencia, acaso como medio mnemotécnico o intensivo para ayudarse a recordar la frase siguiente. La monotonía de las tres únicas notas de la melodía contribuye por su parte a poner más en relieve la deliciosa puerilidad del poema.

Traducción libre:

Ya se van las señoritas,
 Van por la montaña azulada,
 Trepan la montaña Noguina,
 Van llegando a la cima de la montaña Guibili,
 Ya se van las señoritas,
 Las señoritas se van a asustar yendo tan lejos.
 ¿Por qué han de tener miedo?
 Van subiendo cubiertas con las *molas* y el pañuelo.
 Van a trepar la montaña Tórgogo.
 Las señoritas van a la montaña del Sapo
 Y los sapos caen a los pantanos.
 Los sapos están cayendo a los pantanos
 Y las señoritas se van porque tienen miedo.

La lengua cuna tiene, a diferencia del castellano y de casi todas

NARCISO GARAY

Sabdur Namaquedi.

(Canto de la jayma)

Ye, ye, ye Yaa-ni-a, ye, ni-ex-que, ye,-
Ja la ga-na ga-na ban-tu araimaque ma-hu, ye -
yaa ni' a, ye, ya-la yo-gu-na ya-la gan-se
na be-ga na-enema-he ye - ya-la gm
- bi-li-gm ban-tu gm-ne na-na-hu-gm-sa ye-
ye, ye, ye - Yaa-ni-a, ye, na-her-ke, ye-
Yaa-ni a ye a-m fu-na to-be gu-he ta-gueque
y-bix-la-le be ha m fu-na to-be hu-he
gm-he da-gue ye - uhu-mo-la fa-nic lo-bela a-
- mia-le sa-ca-du ha-le na-be-ga nac-enema-hu ye
yaa-mi-ha na-her-ke - ya-la Zar-ga-ga
ya-la Co-lo-lo u-mo-la yaa-mi-ha nac-en-
- ma-hu ye - yaa mi-ha na-her-ke -

TRADICIONES Y CANTARES DE PANAMÁ

ya-la gur bi-li ga-na gur-ne ba to-na hi
 gu sa ye - Zu le boir-go-go ya-na gur-se
 bat-te ma hu ye - ye, ye ye, - yáanm ha naherte
 yáanm ha naher-ké a-ni fu-na ko-be gu.
 he ta gur-gur I-biu-la-le be-ha m
 pu...na ko-be gu-he gu-he da-gue, ye -
 uhu mo-la pa...me-lo uan-mu-la sas...ca...
 du ha le na be-ga me-cue-ma-hu, ya.

las lenguas románicas, verdaderas sílabas largas y breves; también se caracteriza por sus consonantes dobles y sencillas. Dondequiera que aparece la voz *yanua* (niñas o señoritas), la primera sílaba es indefectiblemente musicada por un sonido de doble valor que he interpretado gráficamente escribiendo *yáhanua*. Nada semejante ocurre, por ejemplo, con *yala* (montaña), donde la *a* es corta. Lo mismo ocurre con la *u* que precede a *mola* (camisa) en los versos siguientes:

Uhu mola pañuelo bela anuale, etc.
 Uhu mola yahanua naccuemay, ye,
 Uhu mola pañuelo uanula, etc.

He transcrito *uhu* para expresar gráficamente la *u* larga de los indios.

En cuanto a las consonantes, *inna*, por ejemplo, con doble *n*, sig-

nifica chicha; *ina* con n sencilla, significa medicina, remedio.

Cuando los *sabdurguanet* han desempeñado sus importantes funciones y los hombres de la tribu han construido ya la *surba*, se desarrolla la primera parte de la fiesta, aquella a que ponían fin los gritos de *¡di se pate!* que lanzaba al aire la muchedumbre entusiasmada cuando la encontramos camino de la playa. Esa primera parte se conoce por el nombre de *waluedi* y se desarrolla de la siguiente manera.

Los *kantules* y el padre de la niña púber llegan a la *surba* con dos cañas que han cortado en el bosque para que sirvan de flautas en la fiesta. Los instrumentos musicales de los cunas, a diferencia de los violines de Cremona, no ganan con los años en sonoridad y pureza de tono; tienen que fabricarse especialmente para cada solemnidad. Además, el principio de la dualidad biológica recibe en esta ceremonia una nueva e interesante aplicación. Las dos cañas serán de distinto sexo: macho y hembra. Vienen envueltas en la hoja grande de un árbol, al lado de un cuchillo destinado a remover la pulpa de las cañas y a indicar los agujeros laterales, donde han de posarse los dedos del ejecutante. Viene, además, dentro de la hoja una pequeña cantidad de color vegetal llamado *magueb* con que pintan de rojo las dos flautas. Los *kantules* reciben el envoltorio, lo despojan y proceden a la llamada prueba de la virginidad. Las dos cañas están juntas. Si permanecen inmóviles al abrirse el paquete, la virginidad de la festejada no suscita la menor duda. Si, por el contrario, las cañas juntas dan espontáneamente una vuelta sobre sí mismas, el proceso de la virginidad queda juzgado negativamente.

Una vez resuelto este punto previo acerca del cual llamé por primera vez mi atención el cuna panameñizante Samuel Morris, se da comienzo a la ceremonia de la iniciación.

Siéntanse los invitados en bancas recostadas a las paredes opuestas del bohío y colocadas unas enfrente de otras, dejando libre casi todo el espacio intermediario. En el centro de una de las dos hileras de bancas toman asiento el *kantule* y el *kansueti* (músico principal y músico auxiliar), sentándose los demás invitados a su derecha y a su izquierda. En el centro de la hilera opuesta toman asiento los dos

walsaedi. Estos últimos son personajes cuya función consiste en sacar humo de unos cigarros desmesuradamente largos que nombran *warsuit*, y en sahumar a los invitados. El humo de ese cigarro posee una fuerza purificadora; quien lo recibe queda capacitado para participar en la fiesta desde ese momento. Los *walsaedi* sahuman en primer término al *kantule* y al *kansueti*; en segundo término, a los *tolo tolo wal ibe*, expresión que designa a los dos músicos suplentes que toman el lugar de los dos principales cuando éstos se retiran a dormir, a comer o a descansar. En tercer lugar sahuman a los *ibe kua kuar wal ibe* o avisadores, a quienes incumbe la función de invitar a la fiesta a todos los indios amigos y conocidos de la isla, de las otras islas y del continente. En cuarto lugar sahuman a los *timol ibe* o distribuidores de la chicha, cuya función de escanciadores del vino de los dioses debió de tener para los indios de otras edades grandísima importancia religiosa. Finalmente, sahuman a todos los presentes, al *vulgum pecus*, como si dijéramos, y queda así inaugurada oficialmente la fiesta. Ya nada les impide bailar, cantar y beber a su albedrío. Con el sacramental *¡di se pate!* sale a arrojarse al agua el *kantule* y tras de él todo el rebaño cuna.

Mientras se bañan en la playa, otros hombres quedan en la *surba* torciendo las cuerdas o sogas de las cuales se colgarán en los horcones del bohío las hamacas de los cantores. Desde mi primer viaje a Narganá pude darme cuenta, por el ejemplo de Palioquiña referido en el capítulo primero, de que ningún *kantule* digno de tal nombre desempeña su importante ministerio sino acostado en la hamaca. No hacerlo así sería un atentado contra el decoro de la función sagrada que les está reservada.

Al regresar de la playa, *kantule* y *kansueti* encuentran las hamacas instaladas y proceden a ocuparlas. Yo me pregunto si esos baños intermitentes no tuvieron también para los antiguos una función purificadora de carácter religioso, tan importante acaso como el sahumero de los *walsaedi*. Cuando unos y otros vuelven a reunirse en la *surba* grande, el *kantule* exclama: *¡tula buqui bogariesi!* palabras que en castellano significan: “estoy reunido con gran número de

personajes”, y de una vez se inicia el baile general, pero sin bebida. El consumo de chicha es imposible mientras el *kantule* no haya entonado el *Nog igala*, canto o himno de la bebida. La versión siguiente de este himno procede de Roberto Pérez, pichón de *kantule* y más tarde alumno de la Escuela de Artes y Oficios de Panamá, graduado en la sección de mecánica. A él hube de ocurrir a mi regreso de San Blas para completar mi documentación en cartera.

Siguiendo el precedente sentado por el Barón Nordenskjöld en sus *Estudios de etnografía comparada*, debajo de cada palabra india colocho el equivalente literal castellano, a excepción de las repeticiones, en las cuales no he creído necesario insertar la versión castellana.

MACHI OLO KAMU TULE TUHUGUNA NEGA SE TOGUE NAHE
 niño oro flauta gente borrachos casa de anda entra
 MACHI OLO KAMU TULE TUHUGUNA NOG IGALA KOLESI
 distribuir camino bebidas
 MACHI OLO KAMU TULE TUHUGUNA NOG ABIN TUGUI MURGUI
 coge la totuma; la manzana
 MAQUE MAQUE SI
 sube y baja
 MACHI OLO KAMU TULE TUHUGUNA NOG ABIN TAQUE SI
 MACHI OLO KAMU TULE TUHUGUNA NOG ABIN TUGUI MURGUI
 MAQUE SI
 TIMOL IBE DI TUHUGUNA NOG ABIN CAHESI IGU
 MACHI OLO KAMU TULE TUHUGUNA NOG ABIN CAHESI IGU
 MACHI IBE ALULU GUA TUHUGUNA NOG ABIN CAHESI IGU
 TUHUGANA NOG IGALA
 TUHUGANA NOG MATARGRUA NOG IGALA
 totumas chatas
 MACHI OLO KAMU TULE TUHUGUNA NOG ABIN CAHESI IGU
 MACHI TIMOLI BE DI TUHUGUNA NOG ABIN TAQUE SI
 MACHI TIMOLI BE DI TUHUGUNA NOG ABIN CAHESI IGU
 MACHI OLO KAMU TULE TUHUGUNA NOG ABIN TAQUE SI IGU
 MACHI OLO KAMU TULE TUHUGUNA NOG ABIN TUGUI MURGUI

TRADICIONES Y CANTARES DE PANAMÁ

MAQUE SI IGU
MACHI TIMOLI BE DI TUHUGUNA NOG ABIN TUGUI MURGUI
MAQUE SI IGU
TIMOLI BE DI TUHUGUNA NOG ABIN TAQUE SI IGU
TIMOLI BE TUHUGUNA NOG ABIN TAQUE SI
TIMOLI BE TUHUGUNA NOG ABIN TUGUI MURGUI MAQUE SI
TOLE TOLE WAL IBE TUHUGUNA NOG ABIN TAQUE SI
Los cortadores de flautas
IBE KUAKUAR WAL IBE FIESTA TUHUGUNA NOG ABIN TAQUE SI
Los avisadores de la fiesta
IBE KUAKUAR WAL IBE TUHUGUNA NOG ABIN TUGUI MURGUI
MAQUE SI
TUHUGUNA NOG MATARGUA NOG IGALA
BILADOLA PIRIA TARBA QUEHUADI MUHUDULE NOG IGALA
extranjero grandes ciudades lejanas
BILADOLA PIRIA TARBA QUEHUADI MUHUDULE NOG ARRABA
azules
IGALA
BILADOLA PIRIA TARBA QUEHUADI MUHUDULE NOG WASCHIB
blancos
IGALA
BILADOLA PIRIA TARBA QUEHUADI MUHUDULE NOG ALULU
celestes
IGALA
TUHUGUNA NOGA MATARGUA NOG IGALA NACUE MAHI
camino subiendo
BILADOLA PIRIA TARBA GUATI QUINE NOG ARRABA IGALA
chicas de ahí
BILADOLA PIRIA TARBA GUATI QUINE NOG WASCHIG IGALA
BILADOLA PIRIA TARBA GUATI QUINE NOG KOLOWA IGALA
amarillos
BILADOLA PIRIA TARBA GUATI QUINE NOG WELEGUA IGALA
adornados
BILADOLA PIRIA TARBA GUATI QUINE NOG CHICHIRHUA IGALA

NARCISO GARAY

puntiagudos
BILADOLA PIRIA TARBA GUATI QUINE NOG TOTCHIGUA IGALA
copas
BILADOLA PIRIA TARBA GUATI QUINE NOG WETCHERHUA
cónicos
IGALA

Las fórmulas melódicas se repiten casi idénticamente con cada fórmula literaria. He aquí el primer verso con su música y el introito que

ye, ye, ye, ma-chi o--lo ha-mu tu--le Eihu
gu--na ne--go se to... gne na-he.

le precede:

ma-chi o--lo ha-mu tu--le gu-he
Eihu gu--na nog u--ga-da ko--le--su, ye.

El segundo verso contiene apenas ligeras variantes melódicas:

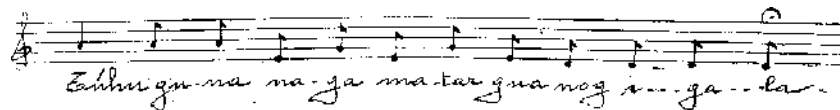
La sílaba *ye* se introduce libremente en el curso de los versos como nuestras exclamaciones ¡ah! ¡ay! ¡oh!

En los versos siguientes, la línea melódica varía poco, a excepción de uno sólo donde la variante del segundo miembro de frase que

ma-chi o--lo (etc)
Eihu gu--na, etc.

comienza por la palabra *tuhuguna*, asume cierta importancia:

Esta es la misma forma que asume el comienzo de la melodía



cuando el verso comienza por *tuhuguna* en vez de *machi*:

Doy enseguida una traducción libre de este poema indígena:

El cantor entra a la fiesta.

El cantor anuncia que se va a repartir la bebida.

El distribuidor recibe su bebida,

El distribuidor apura su bebida.

Los cortadores de flauta reciben su bebida.

Los avisadores apuran su bebida.

Distribúyese bebida a todos en general.

Van a usarse los vasos extranjeros.

Van a usarse los vasos azules.

Van a usarse los vasos celestes.

Van a usarse los vasos blancos.

Van a usarse los vasos extranjeros venidos de grandes ciudades
lejanas.

Van a usarse los vasos extranjeros azules de las grandes ciudades
lejanas, etc.

continúa en forma de conjugación de verbos o de declinación de casos.

El himno *Nog Igala* era interminable. Tres o cuatro horas de continuo declamar, repitiendo el mismo verso y la misma melodía a veces sin el menor cambio, otras con una o dos variantes al principio, a la mitad o al final del verso, era demasiado para el sentimiento estético occidental. Encontraba ese sistema comparable al de la conjugación de nuestros verbos: mientras se conjuga determinado tiempo verbal, sólo cambian los pronombres y las desinencias; de igual manera, en estos himnos cunas, cuando se adopta una forma verbal descriptiva o enumerativa, se la repite innumerables veces variando únicamente el sujeto gramatical y uno que otro atributo, al principio, al fin o a la mitad del verso.

Después de tres o cuatro horas de esta conjugación indígena, lite-

raria y musical, al son de la cual los cunas beben, bailan y cantan poseídos de un verdadero frenesí; y una vez agotada la colección de frases afirmativas que constituyen el poema, estilo Robertson u Ollendorf, los cantores oficiales repiten la orden *¡di se pate!* y toda la grey indígena corre a bañarse nuevamente.

Hasta el último día de la fiesta las mujeres y los hombres han bailado, cantado y bebido por grupos separados. Ese día se divierten juntos en una especie de comunión espiritual cuyo simbolismo nadie acertó a explicarme, sin duda porque esta tradición debe de haberse perdido.

Los bailes indios como sus cantos, son de una primitividad absoluta; sus fuentes de inspiración son los movimientos corporales de ciertos animales. De ahí el paso del macho de monte, el paso de las antas y el del coatí de que habla Nordenskjöld. Nada tenemos que reprocharles desde que entre nosotros hace furor el paso del zorro (*fox-trot*). El último día del festín, cuando hombres y mujeres bailan, beben, comen y cantan juntos realizando un bello simbolismo que ellos quizás no sospechan, un ágape fraternal de pescado marítimo y fluvial marca el término de esta gran fiesta de los cunas que en siglos pasados debió de constituir para ellos una verdadera institución nacional. El *kantule* anuncia el ágape haciéndolo preceder del himno *Kalis igala* que cierra estos regocijos sociales con la misma solemnidad con que el *Nog igala* los iniciaba varios días antes.

KALIS IGALA

MUHUDULE GALI TANAL IGALA NACUIDE

mar carne de pescado tiempo solamente

MUHUDULE GALA MILALA GALI TANAL IGALA NACUIDE

carne de sábalo

MUHUDULE GALA TABUNA GALI TANAL IGALA YE

carne de sierra

MUHUDULE TABUNA TITIGUA TANAL IGALA YE

sierra chica

MUHUDULE MILALA TITIGUA GALI TANAL IGALA NACUIDE

TRADICIONES Y CANTARES DE PANAMÁ

sábalo chico

GALI TANAL IGALA NACUIDE PELA OLO TAQUE DI YOBI
DIOLELE todos oro ver parece

Dios

MACHI OLO KAMU TULE YAHANUA SE COLE NAHI NUE ANI MOLA
niño oro flauta gente niña llamando bien mi vestido
SUITUCCO GUINE ACAHOE
extremidad este agarrado

MUHUDULE GALA AQUINNA GUHA IGALA NACUIDE

habitante del mar mero

MUHUDULE GALA IBE NUSELU PARBA ACCAHEGUA IGALA
conchas adheridas NACUIDE
MUHUDULE GALA ACCU HOYOEGUA GALI TANAL IGALA
NACUIDE

mandíbula señala pescado

MUHUDULE ACCU SUIGUA HOYOEGUA IGALA NACUIDE
cangrejos

MUHUDULE GALA IBE NUSELU TARBA AL LEGUA IGALA
NACUIDE

vivienda dentro de reír

MUHUDULE GALA IBE NUSELU TARBA ACCAEGUA GALI TANAL
cangrejo
IGALA NACUIDE

YAWALA IBE NUSELU TARBA ACCAEGUA GALITANAL IGALA

río roca vivienda conchitas

YAWALA IBE NUSELU TARBA ACCUAEENIRREA GALI TANAL IGALA
conchas más grandes NACUIDE

YAWALA IBE NUSELU TARBA ACCUHOYOHEGUA CALI TANAL
camarones

IGALA NACUIDE

YAWALA TULE GALA MATTANA ARMACCA GALI TANAL IGALA
habitantes del río NACUIDE

YAWALA TULE GALA TILILI TOTOGUA GALI TANAL IGALA
NACUIDE YAWALA TULE GALA NEILOBA GALI TANAL IGALA

NARCISO GARAY

mero

NACCUIDE

YAWALA TULE GALA SILILI GALI TANAL IGALA NACCUIDE
YAWALA TULE GALA IBE TINIGHI TUCCO CALITUDU GALI TANAL
IGALA NACCUIDE
YAWALA TULE GALA SILILIKORUA GALI TANAL IGALA NACCUIDE
YAWALA TULE GALA SILILITODOCUA GALI TANAL IGALA
NACCUIDE YAWALA TULE GALA KALILI GALI TANAL IGALA
NACCUIDE
YAWALA TULE GALA NABOLO GALI TANAL NACCUIDE
YAWALA TULE GALA ACQUEDULE GALI TANAL IGALA NACCUIDE
YAWALA TULE GALA URRUEDULE GALI TANAL IGALA NACCUIDE
YAHANUA NA BEGA GALI TANAL IGALA TOQUENAHE
YAWALA TULE GALA KALITUDU IGALA NACCUIDE ABEHI
TIHUALA
GALI TANAL IGALA SENA BEGA TOGUE
YAWALA TULE GALA NARSOBA GALI TANAL IGALA NACCUIDE
YAWALA TULE GALA AIPURMACA GALI TANAL IGALA NACCUIDE
YAWALA TULE GALA COHERCA GALI TANAL IGALA NACCUIDE
YAWALA TULE GALA ORKEORKE GALI TANAL IGALA NACCUIDE
YAWALA TULE GALA GALU EGURYANA GALI TANAL IGALA
NACCUIDE
YAWALA TULE GALA COHERCUA GALI TANAL IGALA NACCUIDE
YAWALA TULE GALA ACCUBANDUGU GALI TANAL IGALA
NACCUIDE
YAWALA TULE GALA TUGTUGU GALI TANAL
IGALA NACCUIDE

Traducción libre de la mayor parte de los versos, pues algunos son ininterpretables:

Distribúyase el pescado de mar,
Distribúyase el sábalo,
Distribúyase la sierra
Distribúyase la sierra pequeña,

TRADICIONES Y CANTARES DE PANAMÁ

Distribúyase el sábalo pequeño,
Distribúyase el tiburón,
Distribúyase el pargo,

El camino del pescado parece que Dios lo hubiera hecho de oro.
El flautista llama a la niña y le previene que se agarre bien del extremo de su camisa.

Distribúyase el mero,
Distribúyase las conchas que se adhieren a las rocas
Distribúyase la langosta
Distribúyase los cangrejos,
Distribúyase el marisco que vive en la roca con la boca
abierta, como si riera,
Distribúyase la carne de las conchitas del río,
Distribúyase las conchitas más grandes,
Distribúyase los camarones,

.....
Distribúyase el mero de río,
Distribúyase la iguana que se para en el extremo del
guayacán.

Los demás versos hablan de volatería, no de pescado, y parecen provenir de una confusión de ideas en el espíritu de Roberto Pérez.

De, de, ye. Distribúyase el sábalo pequeño,
ta ma-cam-de, ye. Distribúyase el tiburón,
de ta-mal i-ga-la, na cu-de, ye. Distribúyase el pargo,
ga-la tá bu-ma ga-li ta-mal u-ga-ta, ye.

NARCISO GARAY

Mahn du-le ta-bu-na ti-tu-gua ga-li ba-nal i-ga-la,
yo, Mahn du-le mi-ta-la ti-tu-gua ga-li banal i-ga

Los surcos del cilindro de cera del dictáfono, después de innumerables audiciones, dejan percibir todavía la cantilena de algunos versos:

Y siguen las conjugaciones o declinaciones del himno *ad*

infinitum. Es digno de observarse que esta melodía tetrafónica, esto

es, compuesta de los cuatro grados siguientes:

no contiene una sola vez la mediana de la triada armónica:

Con las últimas notas de este himno se apagan los sonidos de las flautas y el ruido del sonajero, se escancian en la amplia *surba* las

últimas totumadas de chicha, quedando definitivamente cerrado el ciclo de la fiesta ancestral. Los hombres se acuestan en sus hamacas a dormir la grande, la enorme borrachera de cuatro días consecutivos, y las mujeres, siervas sumisas, reasumen sus oficios domésticos ordinarios después de este paréntesis en su vida monótona y rutinaria. Los detalles de la ceremonia interior, vedada a las miradas de los profanos, fueron suministrados por el indígena Samuel Morris.

Kantulbipi me había dado un corto espécimen de la lírica cuna anotado arriba: la canción de la jagua (*sabdur namaquedi*). Es un fragmento del largo himno con que la tradición indígena celebra la ceremonia ritual que consiste en teñir el cuerpo de la joven púber con el jugo de la jagua. En el mismo orden de ideas, Roberto Pérez me comunicó después un canto en honor de Tipi el adivino, inspirado en el episodio que motiva el poema de Kantulbipi. Tuve la desgracia de romper involuntariamente el disco de cera que había registrado las vibraciones de ese canto pero el accidente ocurrió cuando ya la letra había quedado íntegramente transcrita, faltándole solamente la notación musical. Es un espécimen interesante de la poesía lírica de los cunas; pero he tropezado para los efectos de la traducción con los mismos obstáculos que encontró el Barón Nordenskjöld para traducir los poemas medicinales y mágicos transcritos en sus Estudios. ¿La literatura mélica de los cunas es acaso un idioma clásico ya extinguido, distinto del lenguaje de la conversación ordinaria? ¿O bien es un idioma esotérico donde cada palabra tiene un significado convencional reservado a la comprensión de los iniciados? ¿Es una lengua culta? ¿Es una jergonza? No lo sé. Lo cierto es que no hay dos indios capaces de dar la misma traducción de uno solo de estos versos. Las traducciones libres que figuran al pie de los himnos precedentes, son una transacción o compromiso entre tres versiones distintas suministradas respectivamente por Samuel Morris, Estanislao López y Roberto Pérez, tres indios cunas que poseen bastante bien el castellano.

NELE TIPI NELE IGALA NACCUIDE
adivino Tipi adivino camino subiendo

1. YAHANUA NAHERQUE
Niña vamos
2. YAHANUA SUBI ANGA PINA SAHE DAGUERGUE
temor yo corazón siente
3. YAHANUA NELE TIPI YABI TARBA TOGUE NAHE
adivino puerta principal entra
4. NELE TIPI NELE NEGA QUIA PAHACACA IBE GUHEI MAHI
casa espacio ocho dueño
5. NELE TIPI NELE CUENATI GANABI NEGA IBE GUGHE IMAHI
familia todos casa
6. YAHANUA NANASAILA GÜITCHI GUHALI
madre esta
7. YAHANUA BABASAILA GÜITCHI GUHALI
padre
8. YAHANUA CUENATI GANA GÜITCHI GUHALI
familia toda
9. YAHANUA EGUILU DIHI GÜITCHI GUHALI
tíos
10. YAHANUA SUSUMALA DIHI GÜITCHI GUHALI
hermanos
11. YAHANUA URBAMALA DIHI GÜITCHI GUHALI
hermanas
12. YAHANUA AMMAMALA DIHI GÜITCHI GUHALI
tías
13. YAHANUA MUHU DIHI GÜITCHI GUHALI
abuelas
14. YAHANUA TADA DIHI GÜITCHI GUHALI
abuelos
15. YAHANUA MUCUAMALA DIHI GÜITCHI GUHALI
hermanas de las abuelas
16. YAHANUA TADOLOMALA DIHI GÜITCHI GUHALI
hermanos de los abuelos
17. YAHANUA NANASAILA DIHI TUHU YOBİ GUESA
madre borracha

18. YAHANUA BABASAILA DIHI TUHU YOB1 GUESA
padre
19. YARANUA SUSUMALA DIHI TUHU YOB1 GUESA
hermanos
20. YARANUA AMMAMALA DIHI TUHU YOB1 GUESA
tías
21. YAHANUA GUILUMALA DIHI YOB1 GUESA
tíos
22. YAHANUA MUHU DIHI TUHU YOB1 GUESA
abuelas
23. YAHANUA TADA DIHI TUHU YOB1 GUESA
abuelos
24. YAHANUA TAHADOLOMALA DIRI TUHU YOB1 GUESA
hermanos de los abuelos
25. YAHANUA MUCUAMALA DIHI TUHU YOB1 GUESA
hermanas de las abuelas
26. YAHANUA AIMALA DIHI TUHU YOB1 GUESA
amigas
27. YAHANUA IBABASAILA AIMALA DIHI TUHU YOB1 GUESA
amigos del padre
28. YAHANUA TUHUGUNA NEGA GUI NOHERGUE
borracha casa de aquí va a salir
29. TOLO TOLO WAL IBE GOLE GÜTCHI
avisadores

TRADUCCIÓN LIBRE.

La cuesta de Tipi el adivino.

Vamos niña,
Niña no tengas miedo,
La niña entra por la puerta principal a casa de Tipi el adivino.
La casa de Tipi el adivino tiene ocho espacios entre horcón y horcón.
Todos los que viven en la casa son parientes de Tipi el adivino.
En el octavo espacio de la casa vive Tipi el adivino.
La madre de la niña está ebria,

El padre de la niña está ebrio,
Los hermanos de la niña están ebrios,
Las tías de la niña están ebrias,
Los tíos de la niña están ebrios,
Las abuelas de la niña están ebrias,
Los abuelos de la niña están ebrios,
Las hermanas de las abuelas de la niña están allí,
Los hermanos de los abuelos de la niña están allí,
La madre de la niña está allí,
El padre de la niña está allí,
Todos los parientes de la niña están allí,
Las tías de la niña están allí,
Los hermanos de la niña están allí,
Las hermanas de la niña están allí,
Las tías de la niña están allí
Las abuelas de la niña están allí,
Los abuelos de la niña están allí,
Los hermanos de los abuelos de la niña están ebrios,
Las hermanas de las abuelas de la niña están ebrias,
Las amigas de la niña están ebrias,
Los amigos del padre de la niña están ebrios,
La niña va a salir de la casa de la fiesta,
Los cortadores de flauta avisan a la gente.

Estos versos o frases son líricos únicamente en la acepción etimológica del vocablo porque tienen canto y acompañamiento de flautas y sonajero. Pero el texto, despojado de sus aditamentos musicales, no vibra al conceso de ningún subjetivismo ardiente y los sentimientos de primera persona, característicos de la poesía lírica, son raros en ellos. Cierta ambiente poético resulta de la simple presentación de los hechos objetivos. El cuna parece más bien parnasiano de instinto. La impetuosidad romántica le es ajena y el sentimiento que anima sus cantares es siempre sereno y equilibrado.

De Oloinguipe es este otro fragmento lírico sobre la culebra

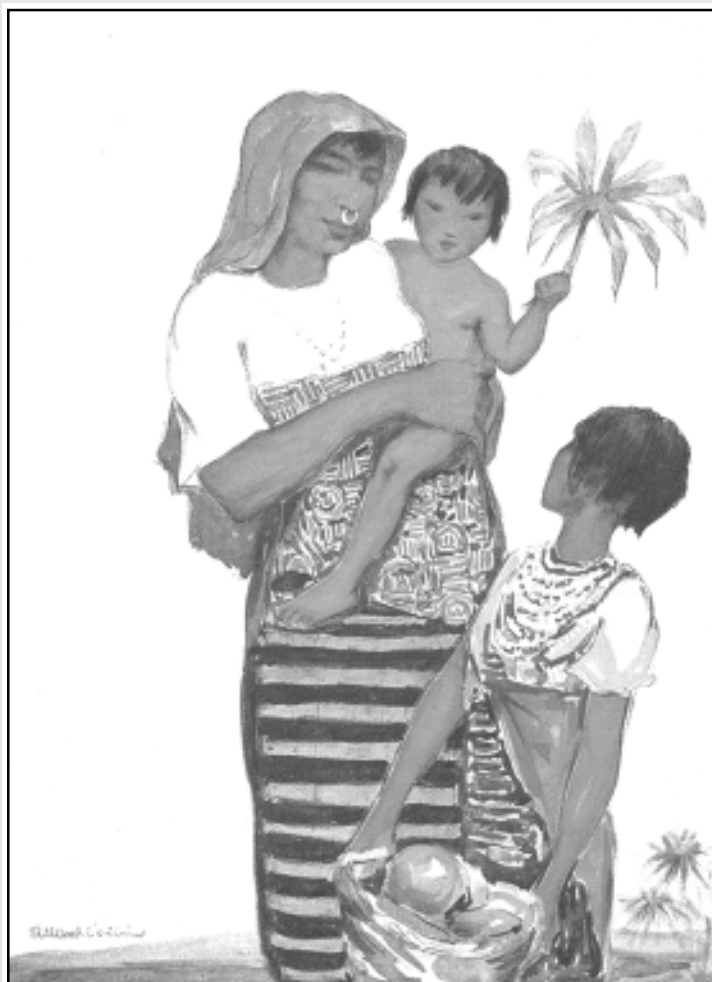
Maibe Kamaquati.

Wai! Ne-le tui-na-le quinqui tu-le lue...
qui-ba ne-ya. Ga-lu mu-lu lu-ga-ca ba-li-
E-ga-lu ba-mimai-le-gué si. E-ga-lu ar-ba-
me si Te, ne-le tui-na-le quinqui tu-le...
so-tu-le bu-qui-ba ne-ya. Ga-lu mu-lu i-
ga-ca ba-li- E-ga-lu i-mai-le-gué si, ga-lu ar-
-ma-ye si Te ne-le du tu le hi-maque si hi-le
di ba-lu ito sa-bic-mu-le. Ga-lu mu-lu i-ga-ca ba-
-li - N. le tui-na-le quinqui tu-le Te gu-lu-
lea-mu i-mai-le-gué si E-ga-lu i-mai-le-gué si.
me-gué si E-ga-lu ar-ma-ye su ga-lu i-mai-le-gué si.

NARCISO GARAY

- la ve-li lu-ma-que si - ile ar-ra-ba bu...
 qui bu ne-ga e ga-lu-basi i-mai... le-que si
 Ba-gu-la bu-que-ria ne-ga - Gut-tu-ya-rea bu...
 - qui bu ne-ga e-ile ar-ra-ba bu qui bu ne-ga
 Ne-le di tu-le lu-ma-que si - e galu-ra-ba...
 - ye sa - Ne-le quingui tu-na. e - Mam an-chu-
 Ilu ya-lu ne-si - De, ya-lu lu-ma-que si - e...
 que si De, ne-le ga-lu lu-ma-que si ga-lu-mu-lu lu...
 - ga-ca lu-li Mani an-on-de lu ga-lu ne-si Tu-que tu-que bu...
 - qui bu ne-ga e ga-lu ni-gli ma-que co-ya ma-que si
 un-ni tu-le ba-lu ito-e de-n-si...

India Cuna de San Blas



ALLARD L'OLIVIER PINXIT

NARCISO GARAY

“*tuinale*”, impresionado una tarde a bordo del *Panquiaco*. No hace parte del ciclo de los cantos de la pubertad.

NAIBE NAMAQUEDI
culebra **canto**

WAI!...

1. NELE TUINALE GUINGUI TULE BUQUIBA NEGA
2. GALU MULU UGAKA BALI
3. E GALU BANI IMAHILEGUE SI
4. YE GALU ARBAYE SI
5. YE NELE DI TULE HIMAQUE SI, TULE DI BALI ITTO SABIESULE
6. YE GALU PIBILA BALI IMAQUE SI
7. TULE ARRABA BUQUIBA NEGA
8. TAGULA BUQUIBA NEGA
9. GUTTURGANNA BUQUIBA NEGA
10. TULE ARABA BUQUIBA NEGA
11. NELE DI TULE HIMAQUE SI
12. MANI ANCUELU YALU NESI
13. TUGU TUGU BUQUIBA NEGA
14. GALU NIGLI HIMAQUE SI YARMAGUE SI
15. UNNI TULE BALI ITTOE LIESULI

He eliminado las repeticiones de versos que aparecen en el canto, y de estas quince frases restantes suministraron Sanguillén y Pérez sendas traducciones que aparecen aquí pareadas.

VERSIÓN DE SANGUILLÉN

1. Hay muchísimas culebras picadoras *tuinale*³⁵.
2. La culebra está en una esquina lejana de la cueva.
3. La culebra está enroscada y dormida.
4. La culebra despierta y se pone en marcha.
5. La culebra está cantando y el ruido que hace no deja oír.

35 Género de culebras que no he podido identificar en castellano.

6. La culebra está cantando.
7. Hay muchas culebras azules.
8. Hay muchas culebras blancas.
9. Hay muchas culebras negras,
10. Hay muchas culebras azules.
11. (No pudo traducir este verso.)
12. Los colmillos de plata atacan a traición.
13. Hay muchas culebras de otros colores.
14. (No pudo traducir este verso.)
15. Hacen un ruido enorme que no permite oír.

Hay gran discrepancia, según se observa, entre las versiones de Sanguillén y de Pérez. Ambos poseen el castellano lo suficiente para verter en él las ideas que pueden expresar en su propia lengua. Pero ambos concurren en la opinión de que el lenguaje de los cantos indios está fuera de la circulación y no es comprendido sino por los *kantules*, *sáilas*, *neles*, *inatuledis* y otros depositarios de las viejas tradiciones.

VERSIÓN DE PÉREZ

1. Es el lugar donde vive gran número de culebras *tuinale* ³⁵.
2. Lugar interior en un extremo de la cueva.
3. (No dio traducción de este verso.)
4. El lugar está en gran desorden.
5. La gente discute.
6. (No dio traducción.)
7. Lugar donde hay muchas culebras azules.
8. Lugar donde hay muchas culebras blancas.
9. Lugar donde hay muchas culebras negras.
10. Lugar donde hay muchas culebras azules.
11. La gente está discutiendo.

35 Género de culebras que no he podido identificar en castellano.

12. (No dio traducción.)
13. (No dio traducción.)
14. (No dio traducción.)
15. (No dio traducción.)

Kantulbipi me hizo conocer también el texto de una especie de letanía, que tal me pareció por la poca precisión de su línea melódica y la semejanza que ello le daba con los rezos en común de nuestras beatas de novenas y rosarios. Su declamación y cantilena imprecisas son incompatibles con la grafía musical, como puede certificarlo quienquiera que escuche en el dictáfono el cilindro en que fue grabada dicha letanía. La versión literaria interesa aquí porque armoniza con el himno, *Sabdur Namaguedi* transcrito atrás y con el poema de Tipi el adivino, dictado por Roberto Pérez. Los tres cilindros ruedan sobre las ceremonias rituales de la fiesta de la pubertad femenina y uno de sus actos simbólicos más importantes: el corte del cabello de la joven púber.

1. PUNA ICCUA BAYAI YAHANUA SURBA SE DOGUENAHE
2. YAHANUA TACCA SICQUI TIGUA BUQUIBA NEGA SE SIGUE
3. PUNA ICCUA BAYAI NUSELU CARBA DUDDU NAHE GRAHE SI
4. PUNA ICCUA BAYAI GUGULI DUDDU GAHE SI
5. PUNA ICCUA BAYAI YAHANUA SAPPIN WITCHI GUHABI
6. PUNA ICCUA BAYAI TUHAGUI NOGA GAHE
7. PUNA ICCUA BAYAI SICQUI GUILLE GAHE
8. PUNA ICCUA BAYAI SICQUI GUILLE MURR WITSCHI
9. PUNA ICCUA BAYAI SICQUI GUILLE ABI GAHE
10. PUNA ICCUA BAYAI SICQUI GUILLE TUCQUE MAQUE
11. PUNA ICCUA BAYAI YAHANUA TACCASIQUE BUQUIB GANA
12. PUNA ICCUA BAYAI YAHANUA SAILI ULU HARGAHALE
13. PUNA ICCUA BAYAI NUSELU GARRUA DUDDU GAHE SI
14. PUNA ICCUA BAYAI GUGUILI DUDDU NARSOBA GAHE SI
15. PUNA ICCUA BAYAI SAILI ULU CUHISICCAL
16. NUSULU CARBA DUDDU GARRUA MACQUE SI

17. PUNA ICCUA BAYAI YAHANUA SAILI ULU CACAR MAHALI
18. YAHANUA SAILI ULU CACAR MACQUE MAHE
19. PUNA ICCUA BAYAI YAHANUA NUSELU GARWA DUDDU-
YAHANUA SAILI ULU GUINE GAHE MAHE
20. PUNA ICCUA BAYA1 GARWA DUDDU YAHANUA SAILI ULU
GUINE GAHE MAHE
21. YAHANUA UHUMOLA PANUELO WANNULA BALAGUI SACCADI
LEG las cubren bien.

VERSIÓN LIBRE.

1. Las mujeres que motilan a las niñas van entrando a la casa,
2. Las mujeres se sientan detrás de las niñas,
3. Las mujeres cogen las tijeras y se sientan,
4. Las mujeres cogen las tijeras y la peinilla,
5. Las mujeres se paran enfrente de las niñas,
6. Las mujeres están de pies con las totumas llenas de agua,
7. Las mujeres cogen las totumitas,
8. Las mujeres llenan de chicha las totumitas.
9. Las mujeres se tiran las totumitas y las apañan,
10. Las mujeres están tomando chicha,
11. Las mujeres van a sentarse de nuevo,
12. Las mujeres les quitan el pañuelo a las niñas,
13. Las mujeres empuñan las tijeras,
14. Las mujeres peinan a las niñas,
15. Las mujeres motilan a las niñas,
16. Las tijeras están motilando a la niñas,
17. Las mujeres dejan caer al suelo el pelo de las niñas,
18. Caen el suelo los cabellos de las niñas,
19. Las mujeres les ponen las tijeras en la cabeza a las niñas,
20. Las mujeres acaban de motilar a las niñas,
21. Las mujeres les ponen de nuevo el traje a las niñas y con el pañuelo

Mientras hacía registrar las vibraciones de estos poemas líricos o descriptivos en los cilindros del dictáfono, las festividades del Carnaval rivalizaban en las dos islas gemelas de Narganá y Corazón-de-Jesús. El culto de *Ibeorgún* cedía el paso al culto de *Momo*. Gentilismo por gentilismo las buenas monjitas de la Escuela y los padres de la Misión Católica los miraban ambos con ojos poco favorables. Todo ese día las monjas mantuvieron cerradas las puertas y persianas de la Escuela y los padres armaron excursiones a otras islas. Narganá tuvo su Reina de Carnaval y Corazón-de-Jesús tuvo la suya. Narganá fabricó una carroza real y Corazón-de-Jesús otra. Los jóvenes cunas que estudian en los planteles oficiales de Panamá parodiaron esa noche en los Clubs isleños la ceremonia de la coronación anual de la Reina que se celebra en el Teatro Nacional de Panamá, y abundaron los discursos y los versos en estilo clásico y decadente. Un trovador cuna cantó las “caderas refulgentes” de la Reina de Narganá y todos demostraron que las más arriesgadas imágenes del modernismo literario no les asustan.

Había realizado los propósitos que me llevaron por segunda vez a San Blas. Llenos estaban mis cilindros de las vibraciones musicales y literarias de los himnos cunas. El dictáfono había rendido su jornada y tenía que desconectarlo y guardarlo. Yo también había cumplido mi deber pero no pensaba en desconectarme de la vida ni en relegarme al olvido; quería, por el contrario, vincularme activamente a las alegrías populares que desbordaban por las islas, no obstante la prohibición oficial de consumir bebidas alcohólicas, que los cunas eludían confiscando furtivamente los frascos de perfumes de sus mujeres, hermanas, hijas y amigas, para no escatimar las ofrendas báquicas en el ara de *Momo*.

Así fue como a las seis de la tarde bajé la escalera del *Panquiaco*, me interné por las estrechas callejuelas, crucé el puente y asistí al desfile de los carros reales, sintiendo codo con codo la masa indígena en movimiento y los ímpetus de su alegría pueril y primitiva. Cuando el sol caía y las luces comenzaban a encenderse, las indias panameñizantes se retiraban a sus bohíos a preparar el laborioso tocado de la noche, ellas que implantaban en el archipiélago los modelos europeos de Madame de Hond y de Nina Mastelari, los norteamericanos

de Mrs. Foster y Mrs. Browdry; las prendas de Misteli y Pedro Aldrete, los perfumes Astra y el calzado de Homero Ayala.

A las nueve, las ortofónicas rasgaban los aires en los clubs de Narganá y Corazón-de Jesús, reemplazando en estos confines territoriales el orquestín de pueblo y sus violines desafinados, su cornetín aguardentoso y el irremplazable acordeón.

Dos bailes de gala estaban anunciados y cada Reina presidiría el de su isla. Concurrí a ambos, bailé en ambos, coroné en uno de ellos a la Reina del lugar y en todos me divertí con las mozas cunas que pasaban en sus islas nativas las vacaciones anuales de la Escuela Normal de Institutoras y de la Profesional de Mujeres. Las salas estaban repletas de parejas. Mi amigo y confidente del primer viaje, el que me había confiado los secretos de su corazón, estaba a un paso de mí. Al verme, se acerca, me abraza y me dice al oído: —¡la Providencia me lo envía! ¡Infúndame valor!... Acabo de ver a Fulvia, después de un mes de absoluto olvido y separación. Tropecé con ella cara a cara, y sus ojos centellaron esta vez a la luz artificial con más poder que antes en la penumbra. Como un cordero que obedece a la voz del pastor, sentí desde ese instante mi voluntad y mis potencias todas flaquear ante ella.

“—Te esperaba” —me dijo al encontrarme— “sigo viaje a Panamá y te acompañaré a bordo”.

“Me abraso en un incendio interno provocado por esa mujer, descendiente espiritual de Betsabé y Herodías. ¡Aconséjeme, defiéndame!”

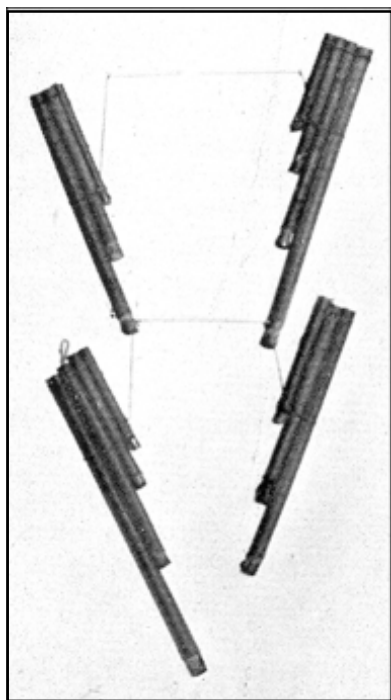
Miré compasivamente a mi amigo y me abstuve de intervenir en su grave conflicto. El caso parecía desesperado, a la verdad, pero peores he visto yo en la vida y los pacientes se han salvado y repuesto contra lo que todos esperábamos.

Una excursión a Río-Azúcar y otra a la isla semi rebelde de Tigre completaron en esta ocasión mi programa de viaje.

En Río-Azúcar, Patria de Roberto Pérez, pude adquirir dos flautas de Pan (*kamu purruí*) que era lo menos que podía comprar, porque ya se vió en el capítulo primero que esos instrumentos no se usan sino a pares. Esto hacía un total de cuatro instrumentos, pues cada uno de

ellos se divide en dos, unidos entre sí por la cuerda que el *kantule* cuelga del cuello dejándole las manos libres cuando no está tocando. Una de las dos secciones tiene cuatro tubos o carrizos, y la otra tres. Así, las siete cañas de la *syringa*, cuya invención se atribuye al dios de las ninfas y los sátiros, presentan entre los indios unas condiciones distintas de construcción y manejo práctico que dan lugar a una técnica diferente. Para tocar, los *kantules* arreglan las cañas de las flautas en dos hileras en vez de una sola, y la ejecución diafónica se facilita sobremanera. Las cañas son tubos de diferentes longitudes ajustados unos a otros por medio de una cuerda y el ejecutante lanza el aire directamente contra el borde lateral del orificio de la flauta. En estos instrumentos ejecutaron Padilla y Olotibi el *Noga cope*, el *Us soedi* y los demás ejemplos de música instrumental transcritos con explicaciones y comentarios en el capítulo primero.

Luis Díaz, *saila* de Río-Azúcar y cuñado de Roberto Pérez, hizo a



Kamu purruí o flauta de Pan indígena.

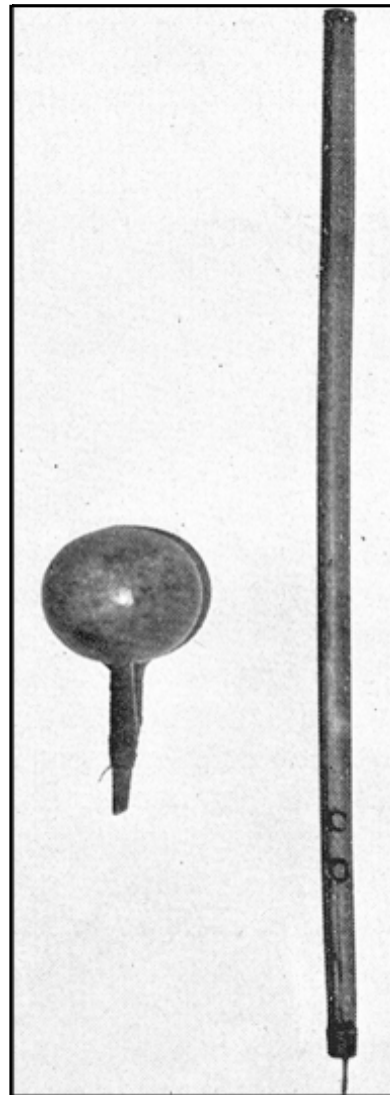
los viajeros de la lancha Claudio Iglesias los honores de la isla regalándonos con zapotes y *chúcula*. Llámase *chúcula* una bebida hecha de cacao hervido, que tiene con el chocolate grandes afinidades fonéticas y sápidas.

Al día siguiente la misma lancha con un mar desmontado y un piquete de policías armados a bordo, enderezaba la proa hacia la isla de Tigre. El *saila* no esperaba a los viajeros y se había ido a *montear* a tierra firme, pero su hijo lo representó con toda propiedad.

Ese día hice mi agosto de instrumentos indígenas. Adquirí un par de flautas *tolo*, como las que Padilla usaba para tocar sus fantasías sobre

el pájaro *wala*, sobre la gallina y la guacamaya (ver capítulo 1). Repito que los cunas no conciben sus instrumentos sino pareados: macho y hembra. El *toló* macho tiene un solo agujero en el tubo y emite dos sonidos no más que completan en el registro grave las melodías del *toló* hembra, dotado de cuatro agujeros y de una escala de sonidos más aguda y variada. El instrumento es de bambú y el tubo de aire está abierto en su extremidad inferior. La extremidad superior está cerrada por una pelota cónica de cera prieta que impide la salida del aire y asegura, en su lugar la pluma de ave aplicada al orificio superior del instrumento, a manera de boquilla. A la vista, la boquilla de *toló* hace el efecto de la caña doble del oboe o el *fagot*, pero la sonoridad es muy distinta. En mi primer viaje a las islas había comprado ya un *kamu* y un *nasisi*. El *kamu* es el instrumento predilecto de los *kantules* que ellos manejan con la mano izquierda, mientras agitan con la derecha el *nasisi* o sonajero, calabaza llena de semillas secas, como el güiro cubano.

El tubo del *kamu*, larga flauta de 0.90 por 0.05 de diámetro, tiene en su base dos agujeros a tres centímetros de distancia unos de otros. El ejecutante lo hace sonar colocándolo a un lado de la boca, con la ayuda de la lengua que intercepta las vibraciones y contra la cual se quiebra la corriente de aire produciendo el so-



Kamu o flauta y *nasisi* o sonajero.

nido. El *kamu* es el instrumento por excelencia del *kantule*.

Kurkiu-mora es una faja para adorno de la cabeza que los indios usan en sus fiestas. Se coloca en la frente como un *bandeau* y los colgandijos caen por detrás. Los puntos que lo ornamentan representan las marcas de la piel de la serpiente. Este espécimen fue adquirido en Tigre.

Mola, como vimos atrás, es el término usado por los indios para



Kurkiu mora o turbante indígena.

designar las camisas o corpiños multicolores con que se cubren el busto, las mujeres y las niñas. Adquirí dos *molas* en mi primer viaje a Narganá y dos en mi último viaje a Tigre. Si las pictografías convencionales de la *mola* son modelos importados del continente por los cunas de esa región, como algunos pretenden, es un punto muy difícil de verificar; si esos motivos ornamentales encierran un simbolismo trascendente o un profundo sentido ideográfico, tampoco pude determinarlo. Me inclino, sin embargo, en mérito de la viveza comercial de los indios, a no darle a esos caracteres geométricos y a esos motivos de peces y cuadrúpedos, otro significado que el que tienen por sí mismos para el común de los mortales.

Bajo el nombre de *korki-kala*, de *korki* (pelícano) y *kala* (flauta), usan los cunas una flauta hecha del hueso del ala del pelícano. Las que construyen para la ejecución musical son ordinariamente de 20 centímetros de largo, más o menos. El collar de die-



Mola o camisa de las indias (4 modelos).

ciséis flautas de hueso que hube en la isla de Tigre tiene una destinación muy diferente. Ninguno de esos pseudo instrumentos de viento ha sido construido para tocar en ellos ni para producir sonidos determinados. Su fabricación se ha inspirado en preocupaciones puramente decorativas. Los *kantules* suelen llevar el collar sobre el pecho pendiente de la cuerda que ensarta las flautas, y se limitan a hacer sonar éstas, no soplando en ellas, sino agitándolas unas contra otras, pues cada una de ellas produce de por sí un timbre semejante al del xilófono o la marimba, y todas en manajo producen un efecto musical parecido al de los cascabeles. Los huesos del pelícano están grabados con dibujos de líneas diagonales en bajo relieve que dan a cada hueso la apariencia de una flauta de verdad.

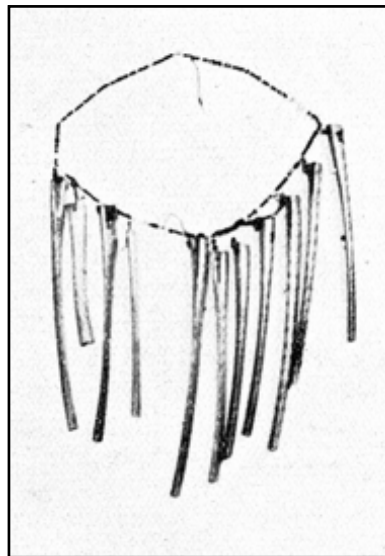
Los bastones que hube en Tigre no son tales propiamente hablando; son simples emblemas de mando, de profesión o de una función pública. Tan pronto es el policía indígena que usa el tolete coronado por el pájaro, como en la fotografía adjunta.

Tan pronto es el curandero que posee una numerosa colección de báculos, a cada uno de los cuales asigna determinada virtud curativa, de acuerdo con la clase de madera de que están hechos y con el motivo de la escultura tallada en ellos.

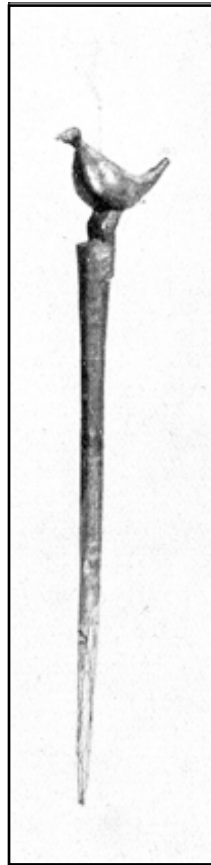
O bien se trata del dios de la salud (*shurama*) que el curandero o el adivino toman en sus manos, como hace *Thaïs* con *Venus* en la novela de Anatole France, para consultarle casos de difícil diagnóstico, o bien es uno de tantos fetiches domésticos (*suar mimi*), moradas de los espíritus propicios, que se colocan bajo la hamaca del enfermo para que obren desde allí sus efectos sobrenaturales.

Un día después regresaba el *Panquiaco* a Panamá con la misma comitiva, a excepción del Intendente, y con tal cantidad de pasajeros nuevos que hubo de recurrirse a la cubierta del barco para que los estudiantes indios de ambos sexos, que regresaban a reanudar sus cursos en la capital, tuvieran cómo pasar la noche. ¿Iba realmente entre ellos Fulvia rediviva, como me lo reveló mi amigo el penitente? Probablemente, aunque nunca llegué a cerciorarme de ello.

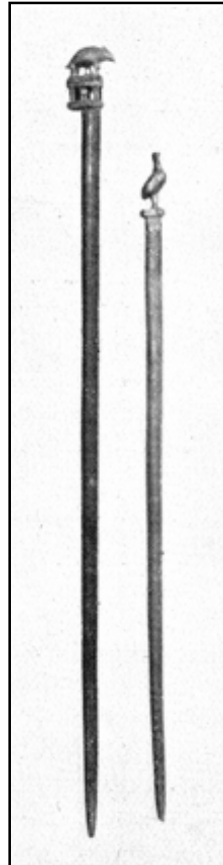
Cuando tras breves horas de navegación divisamos las costas de Portobelo y el guardacostas pudo fondear en la bahía, desembarqué en el bote del Capitán y recorrí en diversas direcciones la histórica plaza fuerte. Saltaba de gozo a la idea de poder reconstituir algún día las antiguas fortalezas y castillos de la gran metrópoli española en el Atlántico. Para esto, visitaría el Archivo de Indias de Sevilla en la



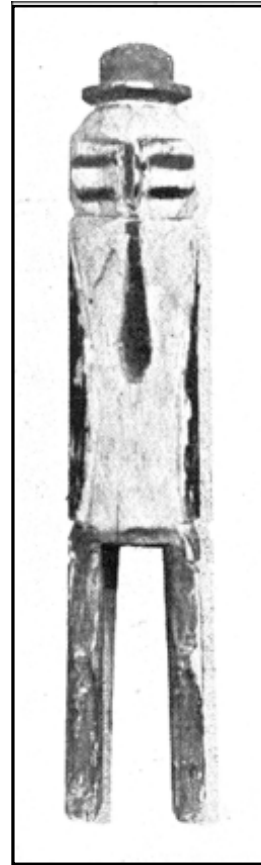
Korki Kala o collar de huesos de guaco



Emblema de mando.



Dos bastones
con emblemas.



Suar mimi, fetiche
doméstico

próxima primavera y otros archivos de la madre patria. Descontaba en la mente la satisfacción con que el Presidente de la República, antiguo ingeniero y arquitecto, por más señas, acogería mis ideas al respecto, las cuales bien podrían, andando el tiempo y con el desarrollo del turismo en la República, convertirse en una reconstrucción ulterior de la vieja plaza fuerte conforme a los antiguos planos, como se hizo y se continúa haciendo en las ruinas de Pompeya y Herculano, o en las de Chechen Itza de los antiguos mayas de Yucatán, o como hizo Napoleón III, ayudado por el genio restaurador de Viollet-le-Duc, con los castillos feudales derruidos de Compiégne y Pierrefonds.



Población indígena

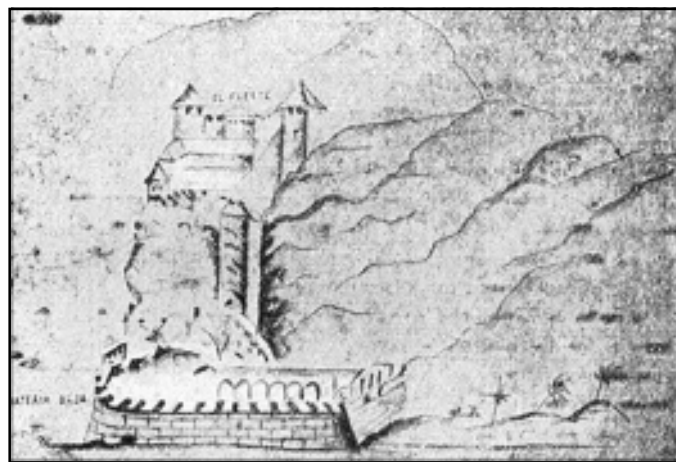
De tan hermosos propósitos sólo queda hoy el recuerdo y la esperanza de que otros más afortunados puedan llevar a cima la tarea gloriosa, de común interés para la República y la madre patria española, de restaurar en su integridad no solamente los castillos y fortalezas del antiguo Portobelo, sino la vieja metrópoli del Pacífico destruida por los piratas ingleses y los monumentos históricos del Nuevo Panamá que una negligencia cuasi criminal sepulta cada día más en la ruina y el olvido.

¡Qué digo! Nombre-de-Dios, Caledonia y Acla, no son menos dignos de ese bello plan de restauración histórica que las generaciones venideras no podrán eludir. En cuanto a Santa María la Antigua, la vieja capital de la Provincia del Darién en el Reino de la Castilla del Oro, que después se llamó Tierra Firme, y fue teatro de las proezas de Enciso, Balboa y Nicuesa, la reciente delimitación fronteriza con la República de Colombia deja ese foco de evocaciones históricas fuera de nuestro radio jurisdiccional. Siguiendo la línea divisoria entre los antiguos Estados del Cauca y Panamá trazada en 1857 por el caucanísimo Presidente de la Nueva Granada, General Tomás Cipriano

de Mosquera, la frontera histórica entre Colombia y Panamá fue desplazada desde el Atrato hasta el río de la Miel, y el asiento de Santa María la Antigua del Darién ha venido a quedar comprendido dentro de los límites territoriales de la Intendencia colombiana del Chocó.

Para la restauración de Portobelo puede Panamá pedir, sin humillarse, la cooperación del Gobierno de los Estados Unidos, que no la rehuirá, estoy seguro de ello. Estados Unidos, en un momento de ciego apresuramiento, hizo volar con dinamita el célebre Castillo de San Felipe Todo de Hierro, el primero de los fuertes de Portobelo, para construir con el material sacado de allí las esclusas del Canal de Panamá en la sección de Gatún. Por doloroso que sea este hecho, él se cumplió inexorablemente, como todo lo que el interés vital de una gran potencia sugiere y aconseja en sus relaciones con un país pequeño y débil; pero los mismos norteamericanos razonables deploran este gesto ligero que la “necesidad militar quizás” explica pero no cohonesto.

Anderson, en su obra *Castilla del Oro*, editada por Appleton en 1911, habla así del castillo destruido:



Estampa antigua del Castillo de San Felipe Todo de Hierro.

“Lugar de donde se extrae la piedra para hacer mortero con qué
 ”construir las esclusas para el canal americano. ¡Los taladros de la
 ”roca y la dinamita bombardean ahora la playa pedregosa al norte de
 ”Portobelo, y el famoso y viejo San Felipe, el Fuerte de Hierro, se ha
 ”rendido a las inexorables demandas de la utilidad y el progreso. Los
 ”muros de su orgulloso fuerte, demolidos y convertidos en mortero!
 ”Sin duda, Felipe II y Juan Antonelli debieron estremecerse en sus
 ”sepulcros”.

Un Gobierno protector de las manifestaciones de la cultura, amante de la justicia y apóstol de la Paz universal, como el promotor del Pacto Kellogg, no se negaría a reparar en equidad el daño que involuntariamente causó a la República y sería el primero, a mi juicio, en inscribirse como colaborador de esta obra de restauración arquitectónica que tanto aprovecharía a Panamá en su prestigio, su cultura y quizás hasta en su resurgimiento económico.

Una página más adelante y en relación con el histórico puerto de Nombre de Dios, hoy reducido a la miseria no obstante los pronósticos optimistas del publicista norteamericano, sigue diciendo Anderson:

“Ellos (los norteamericanos) no demuestran veneración por la
 ”edad ni respeto por las tradiciones o leyendas de la antigüedad.
 ”Ingenieros de los Estados Unidos están dragando arena en Nombre
 ”de Dios para usarla en la construcción de las esclusas del Canal,
 ”en la represa de Gatún. Máquinas gigantescas trituran ahora el
 ”suelo que hollaron Nicuesa, Pizarro, Espinosa, Drake y otros
 ”hombres célebres. Los americanos están introduciendo según opinan
 ”algunos, un orden de cosas mejor; y casas a prueba de mosquito,
 ”acueductos, sanidad y un hospital moderno están reemplazando las
 ”viejas *costumbres del país*”.

La opinión de Anderson representa los intereses del pasado, de la tradición, de las ciencias históricas, que también son un elemento importante de “la utilidad y el progreso” aun cuando no pertenezcan al orden material; por eso la acojo y reproduzco en este libro como la expresión de un sentimiento de justicia innato en el pueblo de los Estados Unidos y susceptible de engendrar actos nobles de reparación.

El destruido fuerte de San Felipe es lo primero que se divisa a la entrada de la bahía de Portobelo, pero sólo disponiendo de varias horas habría podido llegar hasta él en canoa. El Capitán del *Panquiaco* sólo concedía una hora para visitar la población y hube de limitarme a contemplar el fuerte desde a bordo. Allí sólo queda en pie una cantera destripada y el emplazamiento del fuerte, según informes de mis compañeros de viaje. El Gobierno debe apresurarse a reconquistar ese monumento histórico, rescatando sus restos diseminados y restaurándolos en su integridad.

Comenzaba a arrepentirme de no haber pedido a la Secretaría de Gobierno una escala adicional en Nombre de Dios para visitar la población. Este puerto y el de Portobelo están tan íntimamente ligados en la historia colonial del Istmo, que mi visita a Portobelo habría sido más fructuosa si la hubiera precedido una excursión a Nombre de Dios. La ciudad de San Felipe de Portobelo fue fundada para trasladar a ella en 1597 la población de Nombre de Dios, reducida a la miseria por el ataque e incendio del puerto llevado a cabo dos años antes por el pirata inglés Francis Drake. El ingeniero Antonelli, que estaba entonces en el Istmo, recomendó ese traslado inmediatamente. Nombre de Dios había sido hasta ese día el puerto principal en el Atlántico y el punto de arribo de la flota española. Era una ciudad grande, al decir de Antonelli, con plazas espaciosas, altos edificios de madera y una iglesia nada fea. ¿Cómo no se consultan enseguida esos planos o esas estampas antiguas para ver de devolver a la ciudad muerta de hoy, siquiera en forma de inmigración turística y por concepto de curiosidad histórica, algo de su vida de antaño ?

El bote del *Panquiaco* me llevó al desembarcadero. Está contiguo al barrio de Triana, donde vivían, según las crónicas de los viejos tiempos, los esclavos del Rey que construían los fuertes, y los españoles pobres. Triana era el nombre del barrio de los marinos en Sevilla e indica la procedencia andaluza de los fundadores de Portobelo. Allí en Triana me esperaban las autoridades locales, provistas de datos orales y escritos acerca de la población y llenas de interés por cooperar al buen éxito de mis propósitos. Comenzó entonces una peregrina-

ción a los fuertes y castillos y a todas las ruinas venerandas. Más que peregrinación era aquello una resurrección histórica. La yedra cubría los muros derruídos y la maleza invadía los cañones abandonados, las basas de calicanto, los viejos *block-houses*, como si quisiera velar con un manto de piedad la indiferencia de los hombres y las mordeduras del tiempo. Allí estaba el casco de la ciudad muerta, lleno de la poesía de las cosas que ya no son. Desde el Castillo de Santiago del Príncipe, severo y mustio, que servía de punto inicial a nuestra excursión, las mismas calles conducían a las dos plazas mayores, conectadas por el mismo puente de ladrillo y calicanto que permite vadear un río ahora casi seco, pero torrentoso en la estación de lluvias. La imaginación discernía perfectamente, entre cañones y pilastras, entre la maleza y la broza, el antiguo barrio de Guinea, así llamado quizás para recordar su patria de origen los negros horros que en él vivían; la Catedral, el Convento de la Merced, el Hospital, las Casas Reales y el Cabildo o Ayuntamiento con su arquitectura mixta de cal y canto y sus horcones de madera indestructible.

Todo surgía al conjuro de la memoria entre descargas de arcabuces y disparos de artillería, en tanto que la Aduana, la antigua Tesorería, alzaba su fachada de piedra mutilada y se tenía en pie por un milagro de la gravedad después de los estragos que en ella causó el terremoto de 1882. El barrio de la Merced, antaño asiento de las familias principales y de las autoridades de la Corona, también era fácilmente discernible a través de los emplastos de mampostería moderna aplicados por propietarios nuevos a los vetustos paredones, con escarnio del sentido estético y del pudor histórico. Por último, el barrio de la Carnicería, todo él de bohíos de paja y paredes de barro armadas de cañabrava, conforme a los modelos de la arquitectura de los indios, parecía arder en esos momentos, con espanto y consternación de sus moradores negros, al contacto de las granadas que arrojaban los hombres de Drake, Parker o Vernon.

Del gran fuerte de San Felipe de Hierro, con sus 35 cañones que reposan quizás entre la maleza del Castillo de Santiago, y su guarnición de 50 hombres acantonados en las cercanías, no se divisaba des-

de la ribera opuesta de la bahía sino la mole deforme y las escoriaciones visibles de una cantera abandonada, ahogada por la exuberante vegetación del trópico.

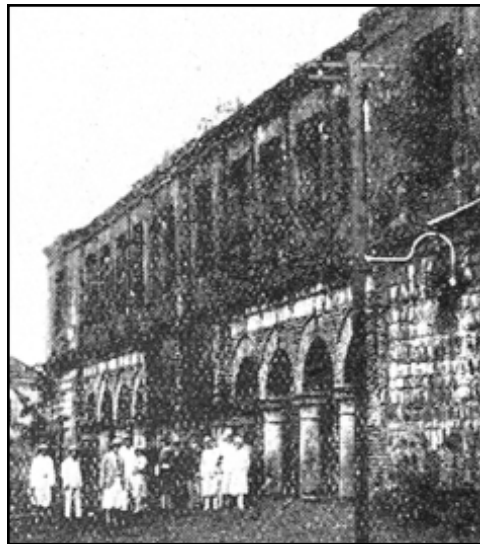
El Castillo de Santiago, aunque fuertemente afectado por los años y las inclemencias del tiempo, no ha sido sacrificado en aras del “progreso y la utilidad” universal, de que hablaba Anderson, y se mantiene en pie, majestuoso y digno, como si tuviera conciencia de su pasado. Los problemas de la vida han llevado a sus cercanías techos de cinc oxidados y tallos de plátano que disuenan a su lado. ¡Habría que amputarlos de raíz!

De su guarnición de bravos, queda el recuerdo indisolublemente unido al santuario en ruinas; de su artillería, los cuerpos de bronce alineados en tierra y reducidos a la impotencia, símbolos de la fuerzas espirituales inmanentes que irradian del pasado de la tradición y la historia.

Algunas de las vistas aquí insertas fueron suministradas al autor por el señor Dr. J. D. Arosemena, Secretario de Relaciones Exteriores de Panamá, y se publican con permiso y por una deferencia de su propietaria, la distinguida escritora norteamericana Mrs. Jean Heald.

Del castillo de Santiago salimos como si hubiéramos recibido el influjo poderoso de esas fuerzas misteriosas que viven en las grietas de los muros derruidos y en la herrumbre de los cañones desarticulados.

Orillamos el antiguo barrio de Triana, presa que fue tantas veces del fuego de los piratas y uno de sus puntos de apoyo, materiales y morales, para el asalto y toma de las fortalezas españolas.



La Tesorería



Castillo de Santiago

¿Y cómo no había de ser así cuando la esclavitud engendraba en el corazón de aquellos moradores sentimientos de abyección u odio de que sabían aprovecharse a maravilla los enemigos blancos de los amos blancos de Portobelo? En lo que era ese mismo barrio de esclavos se alza todavía el fuerte de Triana que durante mucho tiempo no llevaba artillería permanente, aun cuando estaba acondicionado para recibirla en el momento preciso. Sobre los muros exteriores del fuerte, visibles desde la entrada de la bahía, los vecinos del lugar han construido inmundos chiribitiles que están clamando por una comisión de conservación y restauración de monumentos históricos que los condene a la pena del fuego sin remisión y sin más pérdida de tiempo! (Véase p.121).

Más hacia atrás, sobre la ladera del cerro que se alza al fondo de Triana, se advierten grandes ruinas perdidas entre la selva. Son los restos de un gran fuerte artillado que, según los portobeleños, se denominaba el Perú, dominaba la ciudad y el río contiguo y se comunicaba con Triana por medio de un arco monumental que pasaba por encima de la calle actual. Esta versión nativa, es verdad, está en con-

flicto con el relato oficial del asalto de Parker que asigna a este antiguo fuerte el nombre de Castillo de la Gloria.

De Triana seguimos a lo largo de la antigua calle a cuyos lados se elevaban antaño tiendas de plateros y artífices, y que conducía a los grandes depósitos de madera de la Corona; más al oeste estaba la Casa del Rey o Tesorería, artillada con piezas de acero montadas en carruajes de campana y guardada por los soldados del Rey y los del Ayuntamiento, y luego, en la misma dirección, el antiguo Mercado. Atravesamos el río que baja de la montaña y divide la ciudad en dos partes, pasamos sobre el puente de mampostería que lo atraviesa, y pudimos reconstruir *in mente* la Prisión o Alcaldía, la Iglesia Mayor y el comienzo del camino hacia Panamá, donde las reuas de mulas hicieron por tantos años prodigios de valor, de resistencia y de equilibrio, mientras los asaltos de los piratas y bucaneros ingleses, franceses y holandeses, representantes y defensores indirectos de los intereses comerciales de sus países, no habían logrado desviar todavía la ruta del comercio marítimo hacia el Cabo de Hornos y el Estrecho de Magallanes, asestando golpe mortal al monopolio del comercio de las Indias que España quería reservarse



Castillo de Santiago (reductos).

exclusivamente y que constituía la piedra angular de su política colonial.

Restauramos, también *in mente*, las ricas mansiones de los comerciantes principales del lugar, las del Sargento Mayor y los Comandantes militares, la Iglesia de San Juan de Dios que está todavía en pie, y observamos que el esqueleto de la ciudad antigua subsiste intacto en el cuerpo de la ciudad nueva. Debido al descuido de los intereses nacionales y municipales y a la ley biológica del menor esfuerzo, muchos habitantes se ingeniaron para construir sus habitaciones sobre los fundamentos, unas veces, sobre las paredes, otras veces, de los antiguos edificios públicos, de tal suerte que el plano primitivo subsiste casi sin alteración y que un proyecto de restauración histórica, como el que arriba sugiero, sería en extremo sencillo por todo concepto.

El término de nuestra excursión fue el Castillo de San Jerónimo, al extremo nordeste de la población. Fue esta la última fortaleza tomada por Morgan en 1688, y para ello se valió del stratagema siguiente: construyó grandes escaleras de asalto y protegió a los bucaneros con los cuerpos de las monjas y los sacerdotes españoles a quienes despachó por delante, exponiéndolos a las balas de sus compatriotas.



Castillo de Santiago (interior).



La rada vista desde el Castillo.

por acuerdo unánime. La famosa ley quedaba burlada, es cierto; pero se vengaba a la postre aumentando en proporciones descomunales las rentas de las viviendas y almacenes durante los días de la Feria. Un río de oro corría en Portobelo; era el maná de los moradores, a quienes quedaban, después de la Feria, veintidós meses ociosos para gastar las utilidades realizadas y esperar la llegada de la nueva Feria, pues el encuentro de las dos flotas: española e indiana, no se efectuaba sino cada dos años.

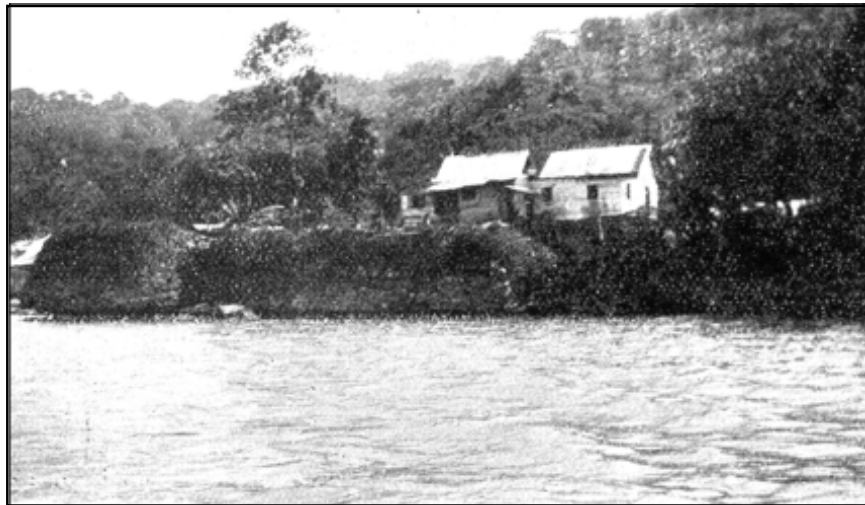
Con el velamen de los barcos, los marinos levantaban en la Plaza del Mar, cerca de la Aduana, tiendas de campaña donde desembarcaban la carga y se discutían y llevaban a cabo, como en la antigua ágora, las transacciones comerciales, pero a cubierto del sol y de la lluvia. Miles de soldados, marinos y comerciantes españoles, de negociantes peruleros³⁶, antillanos, neogranadinos, nicaragüenses, habaneros, dominicanos, etc. pululaban por las calles de Portobelo viviendo durante sesenta días una vida intensa de azares, aventuras y placeres, en ese emporio de la riqueza acumulada de ambos mundos que Alcedo define como “el depósito comercial de mayor consideración que se ha visto en ninguna parte”.

³⁶ *Perulero*, nombre antiguo de los peruanos.

Sus ciento treinta casas de la época de mayor auge, o sus cincuenta de la era de la decadencia, vomitaban todas las mañanas una población flotante, ávida de ganancias y de sensaciones nuevas, que pagaba a toca teja mil pesos de renta por un cuarto y seis y ocho mil por una casa. Al amparo de los imponentes baluartes de la plaza, aquella marejada humana se desparramaba por toda la población transfundiéndole vida, animación, riqueza y sensaciones. Los idilios entre foráneos y portobeleñas debieron de ser frecuentes, así como los lances personales provocados por los celos, aunque de las estocadas en las callejuelas apartadas, del cuerpo que se desploma y de los pasos acelerados del victimario que escapa a la justicia, nada nos digan las crónicas antiguas.

Recorriendo las calles del poblado, nos parecía escuchar el rumor de los pasos de Pedro Meléndez, el gallardo defensor de la plaza, haciendo frente, denodado e invencible, a los corsarios de Parker en las mismas calles del barrio de la Merced donde recibió los ocho balazos que no pudieron quebrantar su entereza y valor.

Compañero suyo de heroísmo y hombría, otro Gobernador cuyo nombre no recuerdo, descendiente moral de Guzmán el Bueno, oponía un semblante estoico a los lamentos de las monjas y los frailes y a



El fuerte de Triana

las súplicas de su esposa y de su hija, y sucumbía de nuevo a nuestra vista en los reductos del Castillo de San Jerónimo, tinto en sangre después de haber descargado su pistola sobre el cuerpo de los monjes españoles que servían de escudo a los piratas, y de los propios soldados españoles que por escrúpulo religioso vacilaban en disparar contra los hábitos sagrados.

La silueta vaga e inconsistente del Gobernador Martínez de Retes, alma apocada incapaz de elevarse a la sublimidad del sacrificio, se reflejaba asimismo en una mueca cómica sobre los muros de esas fortalezas que él no supo sustraer a la agresividad victoriosa del Almirante Vernon.

Si el Gobierno de Panamá emprendiera la restauración de aquellos castillos, no a la manera de los vecinos de Natá que han desnaturalizado el estilo propio de su vieja basílica, repellándola de cemento



La Iglesia Mayor

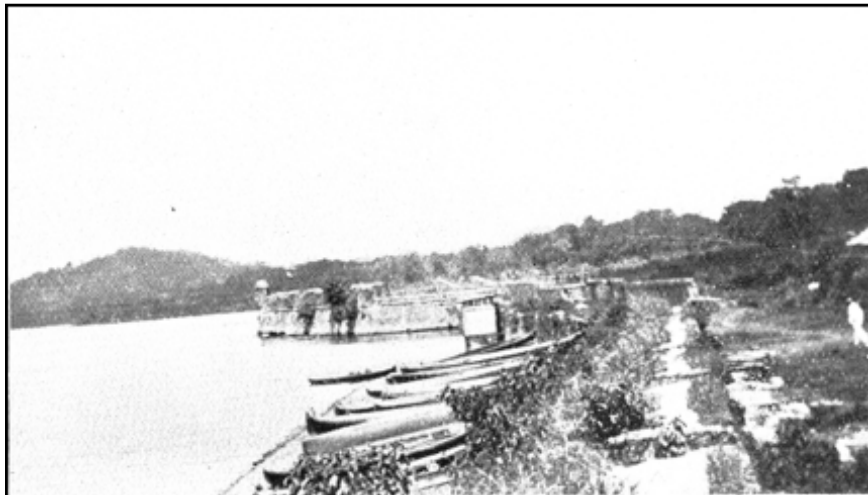
blanco al exterior, pavimentándola de azulejos y pintando al óleo la talla de madera del interior, sino reproduciendo la pátina del tiempo, el estilo, los materiales y la técnica de la antigua construcción colonial, su proyecto podría extenderse a Panamá Viejo y aún a Panamá Nuevo, donde muchos monumentos históricos subsisten, profanados por retoques de albañiles y maestros de obras irreverentes. Un comité en el cual figuraran arquitectos como Villanueva y Guardia Jaen, historiadores y artistas como Samuel y Roberto Lewis, Enrique J. Arce y José de la Cruz Herrera, podría hacer milagros, en conjunción con la misión pa-

TRADICIONES Y CANTARES DE PANAMÁ



El Castillo de San Jerónimo, entrada.

nameña en el Archivo de Indias de Sevilla y otros archivos españoles susceptibles de suministrar luces y material adecuado. El Gobierno de los Estados Unidos, por las razones arriba expuestas, y el Gobierno de Su Majestad Católica, por consideraciones históricas y de otro orden que se dispensan de comentario especial, serían los primeros, de ello estoy seguro, en patrocinar moral y materialmente esa empresa



Vista del Castillo de San Jerónimo desde Triana.

grandiosa y trascendental.

Un llamado público, como el que desde aquí hago, a título puramente oficioso, a aquellas naciones amigas que saben comprender los intereses superiores de la justicia internacional y fomentar los ideales comunes de la raza, no sería desoída por el Presidente de los Estados Unidos ni por el Rey de España, quienes tendrían satisfacción y honra en cooperar a la redención económica de estos pueblos y regiones bajo los auspicios de su esplendoroso pasado.

Nombre de Dios, Portobelo, Panamá Viejo y Panamá Nuevo vivirán más intensamente su presente cuando tengan mejor conciencia de su pasado. La restauración de sus tesoros históricos de la época colonial impondrá a su turno el estudio de las civilizaciones indígenas precolombinas, y no serán entonces los franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos los únicos que sepan de los habitantes primitivos de América. A Pinart, De Zeltner y Rivet, al Capitán Joyce, a Max Uhle, a Holmes y Mac Curdy, sucederá una pléyade de arqueólogos y etnógrafos nacionales que cumplirán para con su patria los deberes espirituales que hasta hoy han venido delegando en los extranjeros. Los focos de la civilización colonial serán otros tantos lugares de peregrinación abiertos a la contemplación objetiva de los curiosos, los sabios y los *dilettanti*, y a nuestros museos, hoy embrionarios, afluirán los resultados prácticos de las exploraciones científicas que hoy toman el camino del exterior burlando la ley sobre conservación de monumentos históricos y arqueológicos.

Que el Presidente Arosemena y su Gobierno no dejen escapar la ocasión de rendir al país este gran servicio cultural, económico y patriótico, es el voto que formulo con todo fervor al finalizar este capítulo.